

en él los electores protestantes retorcieron con sus propias manos la soga que los ahorcaría a ellos y a su causa. La explicación hay que buscarla probablemente en las personas. Entre todos los príncipes de aquellos días hay un solo hombre de significación: Maximiliano de Baviera. Los demás en conjunto, de ambos bandos, alcanzan apenas a la mediocridad. Pero en la más baja escala se encontraban precisamente quienes pretendían representar por su posición y tradición al protestantismo. Juan Segismundo de Brandeburgo y Juan Jorge de Sajonia son pobres diablos que dan lástima; difícilmente puede decidirse cuál era el más bobo de los dos. En este caso, ambos procedieron por igual en forma totalmente necia y deplorable. El sajón, ante las insistentes disuasiones, dió la clásica respuesta: "Ya lo sé; nada bueno saldrá de esto; conozco a Fernando. Pero el hombre no importa, a Dios hay que confiar la causa". ¡Así dijo y ordenó a su embajador que en la elección votara de acuerdo con los electores eclesiásticos! Linda moral, y aún más hermosa sabiduría política, que dejaba a Dios la reparación de las tonterías que cometen en la tierra sus más altos representantes. Para explicar esta estrechez de miras se ha dicho que el elector estaba completamente ebrio. No hay que extrañarse, pues, de nada, si los asuntos más importantes eran tratados de semejante modo por tal clase de gente...

Entre las potencias protestantes había una que trataba de destacarse de las demás. En la corte del Palatinado electoral, en Heidelberg, se acariciaban proyectos de vasto alcance y se trataba de realizarlos con la mayor actividad. Dominaba allí el espíritu emprendedor y agresivo del calvinismo, representado por el ministro dirigente, el príncipe Cristián de Anhalt, hombre de mundo, rico de proyectos. No carecía de fogosos impulsos e ingeniosas inspiraciones, pero

sí de reflexión y tino. Fué obra suya la Unión Evangélica, organización que dejó mucho que desear, más débil y más floja aún que en su tiempo la Liga de Smalkalda. Se trataba de una coalición de impotentes; los príncipes protestantes más fuertes se mantuvieron alejados de ella. Éstas y otras experiencias hubieran debido aconsejar prudencia al príncipe de Anhalt. En cambio cayó en la ocurrencia aventurera de contrarrestar, mediante un contraataque, el inminente ataque de las directivas imperiales católicas. Impulsó a su señor, el elector Federico, a aceptar de manos de los insurgentes la corona de Bohemia. El 26 de agosto, dos días antes de la elección imperial de Francfort, se había elegido rey en Praga al elector del Palatinado.

Esto significó una lucha de vida o muerte contra los Habsburgo, que se vieron obligados a jugarse el todo por el todo para reconquistar a Bohemia, si no querían exponerse a perder también su dominio en Austria y en los estados limítrofes, incluyendo naturalmente la corona imperial. A semejante lucha podía haberse lanzado el elector del Palatinado únicamente si por lo menos hubiera sabido que tenía detrás de sí la masa del protestantismo alemán, unida y con plena eficiencia, y si hubiese podido contar siquiera con el apoyo de una sola gran potencia extranjera. No ocurrió ninguno de los dos casos. Las clases protestantes desampararon a su compañero desde un comienzo. Además del temor del peligro que amenazaba, no podían sentirse incitadas a convertir en rey de Bohemia y tal vez en emperador, al elector del Palatinado, que desde ya despertaba sus celos. Sajonia prefirió quedar neutral y hacerse pagar por Fernando, en cambio, con la cesión de Lusacia. Del exterior no asomó indicio alguno de la más tibia ayuda. Hasta el suegro, el rey Jacobo de Inglaterra, había opinado en contra. En esas circunstancias, cuando no que-



daba otro apoyo que las escasas fuerzas propias del Palatinado y los insurrectos de Bohemia, la aceptación de la corona bohemia era una aventura temeraria, ¡más todavía!, un crimen.

¡Qué distinto, sin embargo, se presentaba el cuadro del otro bando! Las fuerzas católicas formaron como un solo hombre detrás de Fernando. Baviera y la Liga se pusieron a su disposición; España ayudó en cuanto pudo; ni por un instante cabía dudar de la superioridad de este bando, tanto en lo material como en lo moral. Y así se cumplió la fatalidad con funesta rapidez. Ya el 8 de noviembre de 1620 todo quedó decidido por la aniquiladora derrota del ejército palatino-bohemiano en el Monte Blanco, cerca de Praga; desamparado, el "rey de invierno" huyó del país; Fernando fué el indiscutido señor de Bohemia y Austria. En ambos países, la población, que hasta entonces había sido preponderantemente protestante, fué compelida con terrible dureza a volver al catolicismo. En buena parte la "conversión" no fué otra cosa que despoblación. Pero se rompió entonces la "espiná dorsal" a los alemanes de Austria. Mal podría un pueblo, aún de sustancia más firme que ellos, soportar conversión tan violenta sin sufrir un daño espiritual al exterminarse a todos los individuos más capacitados y de más elevada moral.

Pero también para Alemania entera, la batalla del Monte Blanco posee la significación de un día decisivo de todo su porvenir. Bismarck contó una vez, cómo no le dejó dormir en toda una noche el pensar sobre cuán diferentes se habrían desarrollado los sucesos si la suerte de esta batalla hubiese sido distinta. Y en realidad no es posible abarcar con el pensamiento las consecuencias de una victoria de los evangélicos. Téngase presente lo que hubiera significado una Austria protestante y expulsados los Habs-

burgo. Quedaría desalojado de Alemania este linaje, que hasta nuestros días no ha traído al pueblo alemán más que desastres y las mayores desventuras —¡gracias a Dios que por fin se ha concluído ahora su triste y fatal papel!—; el cisma religioso, si no eliminado, por lo menos aliviado o atenuado; ninguna oposición entre sur y norte por razones confesionales y con eso tal vez ya ninguna divergencia insuperable... Demasiado hermoso para que hubiera podido ser verdad. Y de hecho no se trata más que de un sueño de una noche de insomnio. Para que hubiese podido ser de otro modo, también los protestantes alemanes hubieran debido ser otros y no los que eran. Como a tales, resulta más que dudoso si aún una victoria de las armas palatobohemianas les hubiera dado la plenitud de sus frutos. Fué natural que faltara la victoria en el campo de batalla. Para conseguirla se hubieran necesitado, no sólo soldados más numerosos y generales más capaces, sino ante todo, estados y príncipes mejor preparados. Entonces, no se puede sostener que la casualidad en la suerte de las armas decidía en un solo día el curso de los acontecimientos por siglos. No se trató de una casualidad de la suerte; obró la inexorable lógica de los hechos, por la que Federico fué derrotado y Fernando resultó vencedor. En ese día se demostró quién sería el más fuerte.

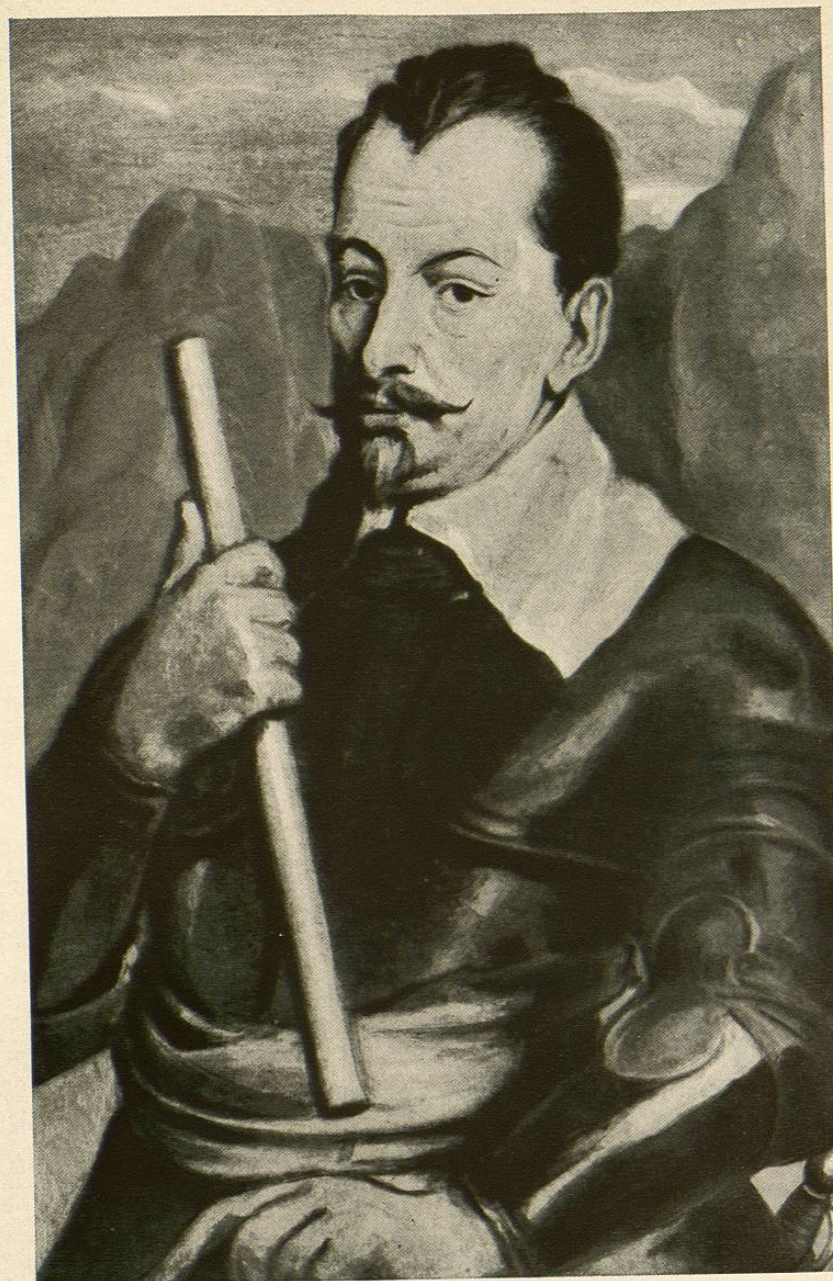
La guerra por Bohemia nada tenía que ver aún con el resto del Reich. Pero de ella nació el castigo del príncipe del Palatinado. Fué proscripto y se encomendó al duque de Baviera la ejecución del destierro. Sólo con ello se llevó la guerra al interior del Reich. Se hubiera podido evitar esto; sobaban recursos y medios para tornar inofensivo definitivamente al elector del Palatinado, quien de inmediato se había refugiado en el exterior, sin que por tal causa Alemania se convirtiera en un campo de batalla. Pero los



aliados del emperador reclamaron su precio: Baviera exigió las tierras del Palatinado y la dignidad electoral que le había sido prometida; España pidió Alsacia y el Palatinado de la orilla izquierda del Rin; los personajes principales, los jesuitas, pidieron la catolización del territorio más poderoso en la Alemania del sur.

Así prosiguió la guerra, que de bohemiana se convirtió en guerra del Palatinado. Dos años después estaba terminada; el Palatinado resultó en parte bávaro, en parte español y debía convertirse al catolicismo. Pero tampoco ahora se había llegado aún al final. La circunstancia de que las tropas evangélicas, que por último habían luchado en el Palatinado, se hubiesen retirado hacia el norte de Alemania, sirvió de pretexto a la Liga, a los bávaros y a los ocultos instigadores jesuitas, para trasladar la guerra a la parte septentrional del Reich, y poder llevar a cabo también allí la conversión violenta al catolicismo. Con eso comienza realmente la tragedia de Alemania, por cuanto también del otro lado se inmiscuyó el exterior. La aparición de las tropas de la Liga en la Sajonia inferior, donde las fuerzas del país no podían ya oponer resistencia alguna; la posibilidad de ver también el norte del país de nuevo católico en su mayor parte y a remolque del poder mundial español, constituían una alarma para los países protestantes vecinos, los Países Bajos, los estados escandinavos e Inglaterra. Se formaron coaliciones; se reclutaron ejércitos con dinero extranjero, holandés o inglés; Alemania se convirtió por segunda vez, como cuatro siglos antes, en el tablero de ajedrez en el que se jugaría la gran partida de las pugnas europeas.

La primer intentona para detener el curso victorioso de las armas católicas, fracasó completamente. En el norte, Dinamarca debía realizar la obra; en el sur, la Transilvania y los turcos habían de atacar al emperador por la



*G. W. Schloß*

**WALLENSTEIN**

Procuró, sin éxito, reformar la estructura del Reich y fortalecer el poder imperial.

Bosquejo de Antonio van Dyck.

(Munich, Pinacoteca)



espalda. Mas los turcos fueron retenidos por los persas, la Transilvania por sí sola era demasiado débil y Dinamarca falló enteramente. El ejército de la Liga al mando de Tilly dominó a la Sajonia inferior, y Wallenstein, general en jefe del emperador, avanzó irresistible hasta Jutlandia. La paz de Lübeck, en 1629, puso a los pies del emperador a toda Alemania. Fernando II fué emperador, como nadie antes que él, ni Federico I ni Enrique VI, lo habían sido jamás.

En el cerebro de Wallenstein surgieron fantásticos planes. El emperador debía convertirse en señor de los príncipes, en único soberano alemán, abolir la elección imperial, introducir el derecho hereditario a la corona imperial, construir una flota en el Báltico, y con ella dar la mano al poder marítimo español. En último plano apuntaba la sumisión de Italia y una cruzada para poner fin a la potencia turca.

Fernando, poco inteligente y carente de fantasía, no tenía comprensión ni hasta para lo que de estos sueños podía resultar una realidad —no todos, por cierto, fueron quimeras—. Le dominaba otra preocupación: la reconstitución de la Iglesia católica en toda Alemania. Si hubiera querido seguir las incitaciones de Wallenstein, hubiera debido ante todo volverse también contra sus aliados, que lo eran entonces Baviera y los electores eclesiásticos, y en cambio dejar en segundo plano las pugnas confesionales. Había que elegir: o bien se explotaban enteramente las posibilidades políticas contenidas en los éxitos militares —y entonces era recomendable renunciar a la reconquista confesional—; o bien se mantenía fija la mirada sobre la finalidad confesional, y en este caso la transformación de la constitución del Reich resultaba impracticable. Para Fernando lo primero no importaba. Probablemente no comprendió nada de las ideas geniales de su gran general. Por



eso lo esquivó, lo despidió y se limitó a promulgar el Edicto de Restitución (en 1629), que no exigía otra cosa que el retorno al estado de posesión que los evangélicos habían ocupado en el año 1555.

Si se hubiera cumplido plenamente, no cabe duda de que el protestantismo hubiera sido extirpado de la mayor parte de Alemania. Habría decaído hasta ser una secta tolerada en algunos principados seculares del norte, en Sajonia, Brandeburgo y Brunswick, en la misma forma en que se había tolerado en Bohemia a los secuaces de Hus. Es muy problemático cuánto tiempo y en qué grado hubiera podido mantenerse así. Con el correr del tiempo, tal vez, hubiera descendido a ser una rareza religiosa, como los valdenses o los menonistas. Para la cultura espiritual de occidente no hubiera tenido mayor importancia; Alemania, en general, se hubiera adaptado, espiritualmente, y con ello también en todos los demás aspectos, al tipo bávaro-austríaco.

Este destino pareció inevitable en el año 1629. En el país mismo no existían ya las fuerzas necesarias para impedirlo. Al parecer sólo sobrevendría un martirio más o menos heroico. Si ocurrió de modo distinto debe atribuirse también a la intervención extranjera.

Los triunfos del emperador, aún en los modestos contornos que les dió Fernando, significan igualmente una enorme amenaza para los vecinos. Tres de ellos habían sido ya puestos fuera de combate: los Países Bajos, Inglaterra y Dinamarca; los más amenazados no habían intervenido aún: Francia y Suecia.

Lo que había acontecido en Alemania, con la alianza entre las dos ramas de la casa de Habsburgo, significó para Francia una victoria de España. Si esto perduraba y si los españoles consolidaban la situación que se habían creado

en la orilla izquierda del Rin, Francia quedaba cercada para siempre. Para Suecia, a su vez, la aparición de la potencia hispano-católica en el mar Báltico, representaba una amenaza inmediata. La existencia de la Corona sueca se apoyaba totalmente en el protestantismo y en la soberanía de ese mar. Ambas cosas estaban ahora en tela de juicio.

En la historia alemana moderna es el hecho determinante, que estas dos potencias, Francia y Suecia, hayan coincidido para deshacer lo que había ocurrido en los últimos años. Del año 1629 data el gran memorial en que el más grande de los hombres de estado de Francia, el cardenal Richelieu, expone a su rey la necesidad de intervenir en las luchas alemanas si se desea asegurar la independencia y la grandeza de Francia para el porvenir. No le fué fácil decidirse a buscar para ese fin la colaboración del rey protestante de Suecia. Sin embargo, venció el prejuicio confesional; la comunión de intereses era demasiado fuerte; los escrúpulos debían callar. De este modo se concertó la alianza, que fué documentada en enero de 1631 en Baerwalde. Hacía ya seis meses que Gustavo Adolfo de Suecia se hallaba en suelo alemán; ya en 1628 había impedido la toma de Stralsund por los imperiales. Ahora podía empezar la guerra en gran estilo, porque recibiría de Francia lo que hasta entonces le faltaba: dinero.

Ocho meses más tarde (el 17 de septiembre de 1631) su victoria en Leipzig imprimió a los sucesos el giro decisivo. No sólo toda la Alemania septentrional había sido libertada de golpe, sino que también el sur le abría las puertas. Al año siguiente llevó su campaña a Baviera; proyectó la estocada al corazón de los territorios hereditarios de Austria. Le salió al encuentro Wallenstein, que el emperador en apuros había vuelto a llamar, y se cruzó en